

25. P. Basilio Boggiero



Nació en Celle (Savona, Italia) en 1752. Vino aún niño a España y estudió en el colegio de Zaragoza. Vistió el hábito escolapio en Peralta en 1768 y profesó en 1769. Pasó a Daroca para estudiar humanidades de 1769 a 1773. Fue seguidamente a Zaragoza, donde ya en septiembre defiende unas conclusiones filosóficas, bajo la dirección de su maestro P. Joaquín Ibáñez. En el colegio de Zaragoza permaneció ya toda su vida, enseñando en las escuelas inferiores (1776-1778), gramática (1779-1780), retórica y filosofía (1781-1788), maestro de juniors y profesor de teología (1792-1798). Simultaneó la oratoria con la enseñanza y casi no hay año desde 1871 hasta el final de su vida, en que no aparezca predicando en las principales iglesias de Zaragoza. Como escritor, no fue inferior su prosa a su elocuencia. Escribió en latín y castellano y tradujo del griego y del francés. El buen gusto y la elegancia presiden todos sus escritos. Una de sus mejores glorias está en haber sido maestro y preceptor de los tres hermanos Palafox, hijos de los marqueses de Lazán. De José Palafox, el héroe de los sitios de Zaragoza, se conservan tres cuadernos de composiciones (1786-1787-1788) y en ellos se firma «discípulo del P. Basilio de San Tiago». Durante la tragedia de los sitios, el maestro estuvo junto al discípulo, siendo su consejero preferido y el autor de sus arengas. El recuerdo de su maestro permaneció siempre fiel en el corazón de Palafox. Gracias a él conservamos el retrato del P. Boggiero, trazado a lápiz por Palafox y conservado en el Archivo Municipal de Zaragoza. También son tuyas estas líneas, que sintetizan la personalidad y la muerte del insigne escolapio: «El P. Basilio era un sabio, orador y escritor muy distinguido; era mi maestro y amigo; a él le debo mi educación; era mi compañero y mi consejero; el Mariscal Lannes lo arrancó de mi habitación cuando yo estaba moribundo, le hizo conducir a su presencia, le insultó y viendo que no podía quebrantar su ánimo, le hizo fusilar sobre el puente y su cuerpo fue arrojado al río con una gruesa bala de cañón, suspendida al cuello». La Ciudad de Zaragoza honró al P. Boggiero con un sencillo monumento en el lugar mismo de su ejecución, inaugurado en 1908 y dando su nombre a la antigua calle Castellana, donde tenía la puerta el colegio de las Escuelas Pías. Vamos a ofrecer una égloga suya, como muestra de uno de los muchos talentos que poseyó.¹ Se trata además de la expresión de una situación personal penosa, que se resolvió a su favor, sin tener que abandonar Zaragoza.

DALMIRO. ÉGLOGA.

Aquellas sombras que a la tarde crecen,
aquel cielo sereno, aquel retiro,
hoy es el descanso porque yo suspiro.

POETA

Tornemos a las selvas, Musas mías, / a las selvas, y mudas soledades,
a cuidar del ganado y de las crías, / y habítese el que quiera las ciudades,
que no se halla el sosiego ni el contento / sino en la soledad y apartamiento.
Vamos allá del bosque al sitio umbroso, / o a respirar el aire de la olmeda,

¹ En nuestra Biblioteca Provincial, Papeles Varios, 8/21, f. Según una nota manuscrita, pertenece a su último certamen, en 1787. No se le permitió imprimir el P. Gabriel Hernández, Provincial entonces, con el resto de los ejercicios, pues entendió que se refería a él. El mismo autor pone unas notas aclaratorias para entender las referencias que en la égloga se hacen. Fue publicada por Moreno en Zaragoza.

donde entregar mis miembros al reposo, / libre de sobresalto y miedo pueda;
y mientras yo a la sombra esté soñando, / la tórtola de amor esté llorando.
Háganme compañía mis corderos², / cuando el sol amanezca y cuando expire;
con ellos suba yo por los oteros, / con ellos de la dehesa me retire;
y aunque siempre penando esté, siquiera / con ellos viva yo, y con ellos muera.
No le pido yo al cielo que acreciente / mi cabaña con nuevos recentales,
ni rabel pido nuevo y excelente / con que pueda pasmar a mis iguales;
paz pido al justo cielo, que la vida / cinco años³ ha que me he es aborrecida.
Paz pido y pediréla sin cansarme, / y si el cielo a mis quejas sordo fuere,
no podrán de mi mal la culpa darme, / ni dirán: que lo pene, pues lo quiere;
ni ciego llamarán al triste Alcino, / sino al rigor de su áspero destino.
Mas basta ya de llantos y lamentos; / entonemos los prados y las flores,
o cantemos más dulces sentimientos, / y el tierno suspirar de dos pastores,
de Dalmiro las dulces cantilenas, / y de Alcino el quebranto y duras penas.
Alcino⁴ era un pastor desventurado, / que cantaba del Ebro en las orillas,
de su manada siempre acompañado, / o de Dios las soberbias maravillas;
o cantaba sus noches mal dormidas, / o sus fatigas mal agradecidas.
Dalmiro en el cantar le aventajaba, / Dalmiro el de la voz encantadora,
Mas al pastor Alcino tanto amaba / que sin él no sabía estar un hora.
Y viéndole afligido en la ribera, / le empezó a consolar de esta manera.

DALMIRO

¿En qué piensas, Alcino? ¿Qué imaginas? / ¿Por qué no pondrás fin a tus pasiones,
Por qué en atormentarte así te obstinas / el silencio buscando, y los rincones?
¡Ah, desdichado Alcino, que si no eres / el pastor más feliz es que no quieres!
Siempre llorando, siempre solitario, / siempre de aquestos valles por la hondura,
o culpando al destino temerario, / o llamando menguada tu ventura,
entristeciendo a todos los zagales / con la historia inoportuna de tus males.
Olvida los pasados desconsuelos, / y entrando por las selvas apartadas,
vivamos sin martirios ni recelos, / o hagamos en las fuentes enramadas,
o cacemos los verdes pajareles, / o manojos hagamos de claveles.
O, si de tu garganta a tanto llega / el son, canta del Ebro las corrientes,
que transformando van en verde vega / los riscos, y los montes eminentes,
de un solo hombre⁵ al eficaz aliento / avasallado el húmido elemento.

ALCINO

¡Ah Dalmiro, Dalmiro! Tú no sabes, / no sabes de mi mal las ocasiones,
ni el aspereza de mis penas graves, / principio y fin de mis lamentaciones.
Tú no sabes, Dalmiro, que yo fuera / menos desventurado si muriera.
No sabes que da el cielo en perseguirme, / que de uno en otro mal siempre me lleva,
indignado de ver que un pecho firme / a una prueba resiste y otra prueba;
que en luto se ha trocado mi alegría, / y mi cantar en lúgubre armonía.
¿De qué, de qué me sirven mis manadas? / ¿Qué alivio tengo yo con mis cantares,
ni qué gozo en mis rústicas tonadas, / si así que así me comen mis pesares?

² Entiende los discípulos e hijos del Marqués de Lazán.

³ Tres años que fue Rector aquí el P. Gabriel, y dos que andaba ya de Provincial (1796-1801).

⁴ El P. Basilio Boggiero.

⁵ ¿D. Ramón Pignatelli, Protector del Canal Imperial de Aragón?

¿Si mientras duermen todas las criaturas / trozos me hacen a mí mis amarguras?
Los cipreses me agradan, y los tejos, / y el soto más callado y más oscuro,
y de los montes el que está más lejos, / y el ave que adivina el mal futuro;
y de la cardelina el dulce lloro / porque perdió su bien y su tesoro.
Así paso mis días, así vivo; / y así los pasaré, si así le agrada
al que niega a mi mal el lenitivo, / al que de mi morir no se apiada.
¡Oh cielo, en tu manejo incomprensible! / ¿Por qué me diste un pecho tan sensible?
Adiós ya para siempre, gozos míos, / adiós de esta ribera deleitosa
árboles, que os miráis en estos ríos, / adiós vida pacífica y dichosa,
adiós retiro donde yo vivía / en otro tiempo cuando Dios quería.
Mis ovejas han sido arrebatadas, / y a otro río llevadas, y otro clima;
mis mieses y mi viña hechas tajadas: / déjame, pues, llorar, deja que gima,
que cuando del dolor la fuerza excede / aquel es más cobarde que no cede.
Yo me rindo del cielo a los rigores, / yo bendigo la mano que me hiere,
y por premio de todos mis sudores / solo esto pido, en caso que viviere:
este descanso y esta merced pido, / que sea yo pastor como lo he sido⁶.

⁶ Solícito este de ver el ánimo del P. Gabriel, que quería llevarle Lector de Filosofía a Daroca, le dice no querer sino continuar aquí con la educación de los Señores de Lazán.